



# *El misterio de la mosca dorada*



EDMUND CRISPIN

*Traducción del inglés y postfacio a cargo de  
José C. Vales*



IMPEDIMENTA



Título original: *The case of the Gilded Fly*

Primera edición en Impedimenta: marzo de 2015

Copyright © Rights Limited (a Chorion Company) 1944

All rights reserved

Copyright © Rights Limited, 2015

Translation copyright © 2015, by José C. Vales

Copyright del postfascio © José C. Vales, 2015

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2015

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

Maquetación: Cristina Martínez

Corrección: Susana Rodríguez

ISBN: 978-84-15979-54-8

Depósito Legal: M-5026-2015

IBIC: FC

Impresión: Kadmos

Compañía, s. 37002, Salamanca

Impreso en España

Impreso en papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Muriel y John  
*donum memoriae causa*

## NOTA

Dado que el escenario de esta historia es un lugar real, y se describe más o menos de modo realista, debe quedar bien sentido que todos los personajes de la novela son absolutamente imaginarios y no guardan relación alguna con ninguna persona viva y real. Del mismo modo, son también ficticios el *college*, el hotel y el teatro en los que se desarrolla la mayor parte de la acción, y la compañía de repertorio que aquí se describe tampoco guarda relación con la de Oxford, ni siquiera con ninguna otra que yo conozca.

E. C.

## I. PRÓLOGO SOBRE LOS FERROCARRILES EN INGLATERRA

*¿Has hecho lo que te pedí?, dice.  
¿Conocerán todos esos católicos la punzada de la muerte?*

MARLOWE

Para el viajero ingenuo y optimista, el apeadero de Didcot representa la inminente llegada del tren a Oxford; para los más experimentados, sin embargo, no significa otra cosa que media hora más de frustración, como mínimo. Y los viajeros, en general, se dividen en esas dos categorías. Los primeros, entre disculpas, emprenden la tarea de bajar sus maletas de los portaequipajes que se encuentran sobre sus respectivos asientos: los bultos permanecerán en el suelo hasta el final del viaje, convirtiéndose en un estorbo y en un montón de esquinas puntiagudas, inesperadas e implacables contra las que golpearse; los segundos continuarán mirando tristemente por la ventana esa desértica extensión de bosques y campos en la que, por orden de alguna estúpida divinidad, se ha plantado inexplicablemente esa estación, y contemplando las hileras de vagones de mercancías procedentes de todos los rincones del país, alineados y reunidos como la isla de los barcos perdidos

—ese lugar mítico— en mitad del mar de los Sargazos. Un pertinaz acompañamiento de sombríos gruñidos y gañidos, junto con una sacudida y unos crujidos de madera y metal, que recuerdan la posibilidad de una insólita noche de Walpurgis en el cementerio local, sugieren a los pasajeros más imaginativos que la locomotora está siendo desmantelada y reconstruida nuevamente. La espera en la estación de Didcot suele durar como norma general unos veinte minutos, o más.

Luego se efectúan alrededor de tres *fausses sorties*, con sus peculiares acompañamientos de tremendos golpetazos y sacudidas de la maquinaria, que sumen a los pasajeros en un estado de espantoso pavor. Con infinita desgana y a duras penas, el cortejo de locomotoras y vagones comienza por fin a moverse, arrastrando su infeliz carga a través de las llanuras campestres con extraordinaria parsimonia. Hay un número sorprendentemente elevado de estaciones y paradas en el camino antes de llegar a Oxford, y el tren no se salta ni una, demorándose en ellas siempre, sin ninguna razón conocida o imaginable, porque nadie sube ni baja en dichos apeaderos. Uno piensa que tal vez el guardagujas haya visto a alguien que baja corriendo por la carretera de la estación porque llega tarde a coger el tren, o a algún pasajero del pueblo que se haya quedado dormido en un rincón, y le da pena despertarlo para que se suba al tren; o puede que haya una vaca en la vía, o una señal que impida el paso... Las investigaciones llevadas a cabo para dirimir estas cuestiones demuestran, en cualquier caso, que jamás ha habido una vaca en la vía ni señal alguna, *pro o contra*.

A medida que el tren se aproxima a Oxford, la cosa mejora un poco, porque el viajero ya divisa el canal, por ejemplo, o la Tom Tower. Comienza a percibirse un ambiente de cierta actividad, y se precisa una fuerza sobrehumana para permanecer sentado, sin ponerse el sombrero y el abrigo, con el equipaje

esperando en la rejilla superior y el billete en el bolsillo. Sin embargo, los viajeros más animosos se precipitan en ese momento hacia los pasillos. Pero entonces, con seguridad, el tren se detiene justo antes de llegar a la estación: a un lado, los monolíticos depósitos de gas; el cementerio al otro. Allí, junto al camposanto, hace un alto la locomotora, con morbosa pertinacia, emitiendo esporádicos gritos y lamentos de deleite necrofílico. Un sentimiento de feroz e irritante frustración se apodera entonces del viajero. *Ahí* está Oxford, apenas a unos kilómetros de distancia se encuentra la estación, y *aquí*, el tren. A los pasajeros no se les permite caminar por las vías, aunque algunos de ellos estarían tentados de hacerlo. Es la misma tortura que Tántalo padeció en el infierno. Ese interludio dedicado al *memento mori*, durante el cual la compañía del ferrocarril recuerda a los muchachos y muchachas en la flor de la vida que acabarán, de forma inevitable, convirtiéndose en polvo, aún se prolonga otros diez minutos —habitualmente—, tras los cuales el tren procede a continuar su andadura a regañadientes, y entra en esa estación a la que Max Beerbohm se refirió tan agudamente como «la última reliquia de la Edad Media».

Pero si a algún viajero se le ocurre imaginar que ahí concluye todo, está muy equivocado. Antes de llegar, cuando incluso los viajeros más escépticos ya han empezado a desfilar, se descubre que el tren ni siquiera se ha acercado al andén, sino que todavía se encuentra en una de las vías centrales. A ambos lados esperan los amigos y los familiares, a los que se les frustra en el último momento el ansiado abrazo con sus seres queridos, y corren de un lado a otro, agitando las manos y profiriendo gritillos, o permanecen impasibles y melancólicos, con la ansiedad reflejada en sus rostros, buscando con la mirada algo que les confirme que se encuentran en el tren aquellos con los que se supone que tendrían que reunirse. Es

como si la barca de Caronte se hubiera quedado varada sin remedio en mitad de la laguna Estigia, incapaz de continuar hacia delante, hacia el mundo de los muertos, o de regresar al mundo de los vivos. Entretanto, en el interior de los vagones se generan temblores de magnitudes sísmicas que lanzan a los pasajeros y sus equipajes unos contra otros, formando aglomeraciones y derrumbamientos en los pasillos de los vagones. De repente, la gente de la estación ve con aterradora sorpresa que el tren emprende su marcha en dirección a Manchester, entre una nube de humo y una peste de mil demonios. Al poco, la locomotora da marcha atrás, regresa y, milagrosamente, el viaje ha concluido.

Los pasajeros van pasando por el torno y se reparten luego en distintos taxis, que en tiempos de guerra cobran tarifas que se ciñen a cierta lógica particular y propia a la que se remiten implacablemente, sin reparar en rangos, edades o prioridades. Se dispersan y desaparecen en el laberinto de antiguallas, monumentos conmemorativos, iglesias, facultades, *colleges*, bibliotecas, hoteles, bares, sastrerías y librerías que es Oxford. Los más avisados buscan de inmediato un lugar donde tomar un trago, y los más cabezotas se empeñan en intentar llegar a su destino final de una maldita vez. Tras esta diáspora, en la estación solo quedan los pocos viajeros que tienen que esperar otro tren y los que remolonean tristemente por los andenes entre las lecheras de latón.

A esta terrible experiencia, arriba descrita, se sometieron las once personas que, a diferentes horas y por diferentes motivos, viajaron de Paddington a Oxford durante la semana del 4 al 11 de octubre de 1940, y las once reaccionaron de diferentes y características maneras.



Gervase Fen, profesor de Lengua y Literatura Inglesa en la Universidad de Oxford, estaba francamente inquieto. Como no era en absoluto un hombre paciente, aquellos retrasos ferroviarios solo conseguían enfurecerlo. Tosía y gruñía y bostezaba y movía nervioso los pies, y se revolvió en su asiento, con aquel cuerpo larguirucho y desgarrado que le había dado Dios. Su rostro, alegre y rubicundo habitualmente, bien afeitado, se estaba enrojando incluso más de lo normal; y el pelo negro, que llevaba repelinado con agua, empezaba a sublevarse en forma de rebeldes mechones erizados en la coronilla. Su habitual exceso de energía lo llevaba a comprometerse con multitud de obligaciones académicas de las que después se quejaba con amargura, alegando una sobrecarga de trabajo que a nadie parecía importarle, por lo que el retraso era sencillamente un engorro. Y como su única distracción era el libro que llevaba —uno sobre los escritores satíricos menores del siglo XVIII, que estaba releendo a conciencia solo con la intención de confirmar la mala opinión que tenía de ellos—, la mayor parte del trayecto se le hizo tremendamente desagradable. Regresaba a Oxford tras uno de aquellos congresos académicos que proliferaban como champiñones en los últimos años. Se celebraban con el fin de decidir el futuro de tal o cual institución, pero sus conclusiones, si es que alguna vez se decidía algo, se olvidaban dos días después de que hubiera terminado el congreso. Así que mientras el tren ejecutaba sus movimientos con la destreza de un caracol, el profesor pensó con lúgubre resignación en la serie de lecciones sobre William Dunbar que debía impartir en el siguiente trimestre y, fumando un cigarrillo tras otro, se preguntó si tendría la suerte de poder investigar algún nuevo crimen, suponiendo

que se diera semejante circunstancia. Algún tiempo después recordaría aquel deseo sin mucha satisfacción, porque, al parecer, los dioses tienen a bien divertirse con ese tipo de ironías del destino.

Gervase Fen viajaba en primera —una inveterada costumbre que tenía a gala conservar—, pero en aquel momento ni siquiera semejante privilegio le resultaba placentero. De vez en cuando sentía punzadas de mala conciencia por aquella ostentación de relativa riqueza. En todo caso, había conseguido proporcionarse una especie de justificación moral acudiendo a un argumento económico —un tanto cuestionable— elaborado *ex tempore* para callar a uno que imprudentemente le había reprochado aquella ostentación innecesaria de elegante exclusividad. «Mi querido colega —le había replicado Gervase Fen—, la compañía de ferrocarril asume una cierta cantidad de gastos habituales. Si aquellos de nosotros que podemos permitirnoslo no viajamos en primera clase, se verían en la obligación de subir todas las tarifas de tercera clase, y eso perjudicaría a todo el mundo. Cambia tu sistema económico primero —había respondido al desafortunado comentario—, y verás cómo se solucionan los problemas.» Más adelante, con cierta presunción, sacó a colación este argumento en una conversación con el profesor de Economía, aunque para su desilusión aquella teoría solo fue acogida con dubitativos tartamudeos.

Cuando el tren se detuvo en Culham, encendió un cigarrillo, dejó a un lado su libro y suspiró profundamente. «¡Un crimen! —farfulló—. ¡Oh, un crimen que sea, de verdad, fabulosamente complicado!» Y comenzó a fantasear con crímenes imaginarios y a resolverlos con increíble rapidez.

Sheila McGaw, la joven directora de la compañía de teatro de repertorio de Oxford, viajaba en tercera clase. Lo hacía porque

pensaba que el arte debía regresar al pueblo para convertirse de nuevo en algo imprescindible. Durante el viaje estuvo ocupada mostrándole un libro con los diseños escenográficos de Gordon Craig a un granjero que estaba sentado a su lado. Era una mujer joven y alta, llevaba pantalones, tenía rasgos afilados, una nariz prominente, y un pelo liso, una media melena, de color rubio platino. El granjero no parecía especialmente interesado en los detalles del montaje de decorados teatrales contemporáneos. Ni siquiera un resumen de las desventajas de un escenario giratorio consiguió conmoverlo. No mostró ninguna emoción, excepto tal vez algún indicio de ligero disgusto, cuando se le dijo que los actores de la Unión Soviética habían adquirido categoría de Artistas Especializados del Pueblo y que Josef Stalin les pagaba unas enormes cantidades de dinero. Con el advenimiento de Stanislavsky en la conversación, comprendiendo que no tenía modo de huir, el granjero se puso a la defensiva e intentó un movimiento de distracción. Comenzó a hablar de la metodología en el ámbito agropecuario, se mostró especialmente entusiasta en cuanto al tema del almacenamiento, del apareamiento del ganado vacuno, del gorgojo y otras enfermedades de los cultivos, las desbrozadoras mecánicas evolucionadas y otros asuntos similares; lamentó, con una notable riqueza de detalles, las actividades del Ministerio de Agricultura. Aquella arenga duró hasta que el tren finalmente llegó a Oxford, momento en el que le dispensó a Sheila una calurosa despedida y luego se alejó, ligeramente sorprendido de su propia elocuencia. Sheila, que se había sentido un poco intimidada ante aquella avalancha de verborrea agropecuaria, al final se las arregló para convencerse a sí misma, mediante un proceso de autosugestión, de que toda aquella charla había sido muy interesante. De cualquier manera, pensó con cierto resquemor, era probable que la vida campesina de aquel

hombre se pareciera bastante poco al *Deseo bajo los olmos* de Eugene O'Neill.

El dramaturgo Robert Warner y su amante judía, Rachel West, viajaban juntos con motivo del estreno de la nueva obra de Warner, *Metromanía*, en el Oxford Repertory Theatre. Entre sus amigos había sido toda una conmoción que un dramaturgo satírico tan famoso como Warner quisiera estrenar su nueva obra en provincias, pero había un par de excelentes razones para ello. En primer lugar, su última producción en Londres, a pesar de su fama, había resultado desastrosa, y los productores, angustiados ante una posible crisis descomunal por culpa del Blitz, se habían mostrado extremadamente cautelosos y prudentes; y, en segundo término, la obra incluía ciertos elementos experimentales de cuyo resultado ni siquiera el propio autor estaba completamente seguro. Desde todos los puntos de vista, lo más recomendable era un preestreno y, por razones en las que no es necesario entrar, Oxford fue el lugar escogido. El mismo Robert iba a dirigir la obra, con los actores habituales de la compañía de repertorio de Oxford, pero con la incorporación estelar de Rachel, cuya fama en el West End la convertía en un reclamo más que recomendable. La relación entre Robert y Rachel era amistosa y duradera, y a lo largo del último año se había tornado casi platónica. Además, esta relación se veía fortalecida por intereses comunes, un auténtico aprecio mutuo y una compenetración asombrosa. A partir del apeadero de Didcot ambos permanecieron sentados en silencio. Robert tenía treinta y muchos, una cabellera negra abundante (con un rústico rizo que le caía sobre la frente), unas gruesas gafas de pasta que escondían unos ojos vivos e inteligentes, y era alto, bastante larguirucho y vestía muy sobriamente un traje oscuro y común. Pero sus gestos despedían un aire de autoridad, y

sus movimientos transmitían una cierta impresión de severidad, casi de ascetismo. Reaccionó a los retrasos y titubeos de la compañía ferroviaria con ensayado autocontrol, levantándose una sola vez, para ir al lavabo. Al avanzar por el pasillo pudo ver de reojo a Yseut y a Helen Haskell, dos o tres compartimentos más adelante, pero pasó por allí apresuradamente, sin intentar siquiera hablar con ellas y confiando en que no lo hubieran visto. Al regresar le contó a Rachel que Yseut y Helen estaban en el tren.

—Me cae bien Helen —dijo Rachel en tono amigable—. Es una chiquilla encantadora, además de una gran actriz.

—Odio a Yseut.

—Bueno, cuando llegemos a Oxford las esquivaremos fácilmente. Pensaba que te caía bien Yseut.

—Pues no: no me cae bien Yseut.

—De todos modos, a partir del martes tendrás que compartir bastante tiempo con ellas. No veo qué importancia puede tener pasar un rato con ellas ahora.

—Lo mejor es no pasar un rato con ellas, por lo que a mí respecta. Creo que podría asesinar a esa chica sin pestañear —concluyó Robert Warner, recostándose en su rincón—. Ya lo creo: podría asesinar a esa chica sin pestañear.

Yseut Haskell estaba francamente aburrida y, como para ella era una costumbre habitual, no hacía nada por ocultarlo. Pero mientras que la impaciencia del profesor Fen era como un arrebato espontáneo e inconsciente, la de Yseut era más bien una especie de pose. En buena medida todos tenemos la necesidad de preocuparnos de nosotros mismos, pero en el caso de Yseut su preocupación era exclusiva, y, para colmo, sus inquietudes personales eran de una naturaleza predominantemente sexual. Aún era joven, unos veinticinco años, más o menos. Sus pechos

firmes y sus redondas caderas adquirirían un relieve más descarado gracias a la ropa que llevaba. Lucía también una magnífica y cuidada cabellera pelirroja. Pero, en todo caso, ahí concluían sus encantos... O al menos eso era lo que pensaba la mayoría de la gente. A sus rasgos, bastante bonitos en el sentido convencional del término, se les escapaban ciertas pistas sobre su carácter: una pizca de egoísmo por aquí, una pizca de engreimiento por allá. Su conversación era intelectualmente pretenciosa y vacua. Su actitud hacia el sexo opuesto era excesiva, grosera y provocativa, de modo que apenas lograba atraer a unos pocos hombres, y la actitud para con las de su propio sexo era maliciosa y rencorosa. Era de ese tipo de mujeres, tan abundante, que a temprana edad son sexualmente eruditas sin ser sexualmente expertas, y por tanto consiguen mantener con el tiempo cierta imagen adolescente. Dentro de lo que cabe, era comprensiva y benévola, y dentro de lo que cabe incluso era consciente de sus actos, pero aprovechaba esta conciencia para mostrar la pose que le interesara. Su carrera, tras abandonar la escuela de teatro, se había centrado sobre todo en las obras de repertorio, aunque un breve *affaire* con un representante londinense la había catapultado a un espectáculo del West End. Este, por las razones que fuera, no cosechó un gran éxito. Así que dos años antes había decidido trasladarse a Oxford, y allí había permanecido desde entonces, hablando constantemente de su agente y de la situación de la escena londinense, y de la posibilidad de regresar a la capital en el momento menos pensado, y, en general, mostrando una descarada condescendencia para con los demás, que no solo era de todo punto injustificada teniendo en cuenta los hechos, sino que además solo conseguía poner furioso a todo el mundo, y con toda la razón. Y las cosas no mejoraban con la desconcertante sucesión de líos amorosos que ofendían al resto de las mujeres

de la compañía, que propiciaban la expulsión de estudiantes angustiados y completamente inocentes, y que dejaban a los hombres con ese aire de insatisfacción («Oh, bueno, es una cuestión de experiencia, supongo») que generalmente es el único resultado visible de la promiscuidad sexual. Se toleraba su presencia porque las compañías de repertorio, debido a sus métodos de trabajo especiales y cambiantes, y a su ordenación jerárquica, subsisten emocionalmente en un plano muy complejo y de inestable equilibrio: no son proclives a los cambios, porque la más ligera conmoción lo pone todo patas arriba. El resultado de esto era que los miembros más juiciosos de la compañía se contenían a la hora de mostrar abiertamente cualquier expresión de disgusto respecto a Yseut, pues sabían bien que, a menos que se mantengan las relaciones amistosas —por muy superficiales que sean—, toda la cesta de manzanas se acabará pudriendo, se formaran camarillas hostiles y no quedará más remedio que hacer cambios generales.

Robert Warner había conocido a Yseut Haskell aproximadamente un año antes de los hechos que aquí se narran y nos interesan, y además se habían conocido íntimamente; pero como él era un hombre que exigía mucho más que una estimulación corporal a sus conquistas, la relación se había interrumpido abruptamente. En circunstancias normales, Yseut prefería ser la que pusiese punto y final a sus relaciones, y el hecho de que Robert, hastiado de su insoportable carácter, se le hubiera anticipado en aquella ocasión, había encendido en la joven un considerable rencor hacia el dramaturgo y, como consecuencia natural, un fuerte deseo de cautivarlo de nuevo. Durante el viaje, Yseut le había estado dando vueltas a la inminente visita de Robert a Oxford y a su intención de dirigir la compañía de repertorio, y se preguntaba qué podría hacer al respecto. Mientras tanto, concentró su atención en

un joven capitán de artillería que estaba sentado en el rincón de enfrente leyendo *No Orchids for Miss Blandish* y que parecía completamente ajeno a las enloquecedoras maniobras dilatorias del tren. La joven intentó mantener una breve conversación con él, pero el muchacho no le hizo ningún caso, y poco después regresó a su libro con una sonrisa encantadora... pero distante. Yseut se recostó en su asiento, acurrucada en su esquina con patente disgusto.

—Oh, maldita sea... —refunfuñó—. A ver si este condenado tren se mueve de una santa vez.

Helen era medio hermana de Yseut. El padre de ambas, un experto en literatura medieval francesa, y un hombre que mostraba más bien poco interés en alguna otra cosa, había demostrado sin embargo que poseía un excelente sentido práctico del mundo al casarse con una mujer rica. Yseut había sido su primera hija. La madre había muerto tres meses después de que la niña naciera, dejándole la mitad de su fortuna como albacea hasta que la niña cumpliera los veintiún años. El resultado: Yseut era ahora más rica de lo que le convenía. Antes de morir, sin embargo, la mujer había tenido una espantosa discusión con su marido a propósito del extravagante nombre de la niña: Yseut, pero su esposo se había mostrado absolutamente inflexible. El hombre había empleado los mejores años de su vida en un inagotable y completamente infructuoso estudio de los romances franceses de Tristán, y había decidido que algún símbolo de su objeto de investigación pasara a la posteridad a través de su familia. Al final —incluso para su propia sorpresa—, se había salido con la suya poniéndole ese nombre a la niña. Dos años después volvió a casarse, y dos años más tarde había nacido Helen. Ante la decisión de imponerle semejante nombre a la niña, sus amigos más



sarcásticos habían llegado a sugerir la idea de que si se die-  
ra la circunstancia de que tuvieran más hermanas, deberían  
llamarse Nicolette, Eloísa, Julieta y Crésida.<sup>1</sup> Sin embargo,  
cuando Helen cumplió los tres años, sus padres murieron en  
un accidente de ferrocarril, y ella e Yseut se trasladaron a casa  
de una prima lejana de su madre. Cuando Yseut cumplió los  
veintiuno, dicha prima la convenció (mediante argucias que  
solo el cielo conoce, porque Yseut detestaba a su hermana) de  
que firmara un documento por el cual le dejaba la totalidad  
de su dinero, en caso de muerte, a su media hermana.

El asco que se tenían era mutuo. Para empezar, Helen era  
distinta a Yseut en casi todos los sentidos. Era bajita, rubia,  
delgada, bonita (con un rostro aniñado que la hacía parecer  
mucho más joven de lo que en realidad era), tenía unos en-  
cantadores y grandes ojos azules, y era absolutamente sincera.  
Aunque no se distinguía por ser particularmente culta, era  
capaz de mantener una conversación inteligente, y con una  
humildad intelectual que resultaba encantadora y de lo más  
sugereente. Estaba especialmente capacitada para el coqueteo,  
pero solo cuando el proceso no interfería en su trabajo, que  
se tomaba con una justificable aunque leve seriedad que re-  
sultaba un tanto cómica. De hecho, para su edad, Helen era  
una actriz extraordinariamente inteligente, y aunque no tenía  
nada de la rotunda brillantez intelectual de las actrices que  
precisaban las obras de Bernard Shaw, resultaba encantadora  
en papeles más sencillos, y dos años antes había conseguido

1. Todos son personajes literarios medievales bien conocidos. Nicolette es la protagonista del romance medieval francés *Aucassin et Nicolette*. Eloísa es la mítica amante del filósofo escolástico Abelardo (siglo XII). Tanto Julieta como Crésida son personajes de Shakespeare. Yseut, por supuesto, es la amada Isolda de Tristán. (*Todas las notas son del traductor, salvo que se indique lo contrario.*)

un asombroso y bien merecido éxito por su papel de Julietta. Desde luego, Yseut era muy consciente de la superioridad artística de su hermana, y ello no contribuía en absoluto a generar más cordialidad entre ellas.

Helen no había hablado desde que se subieron al tren. Estaba leyendo *Cimbelino*, con el ceño levemente fruncido en un gesto reconcentrado, y no estaba segura de que le estuviera gustando mucho. De tanto en tanto, cuando el tren se detenía durante un espacio excesivamente largo, Helen dejaba escapar un leve suspiro y echaba un vistazo por la ventana; luego regresaba a su libro. «Un mineral mortal», pensaba. «¿Qué demonios significará eso? ¿Y quién es el hijo de quién? ¿Y por qué?»

Sir Richard Freeman, jefe de la policía de Oxford, regresaba en ese mismo tren de un congreso sobre seguridad policial en Scotland Yard. Estaba recostado en un rincón de su compartimento de primera clase, con su cabello gris acerado cuidadosamente repeinado hacia atrás y con un brillo de malicia en su mirada. Tenía delante un ejemplar de los *Satíricos menores del siglo XVIII*, de Gervase Fen, y estaba concentrado en evaluar los profundos desacuerdos que mantenía con dicho experto respecto a la obra de Charles Churchill. Cuando Fen tuvo que escuchar semejante crítica más adelante, no se sorprendió mucho, porque de todos modos siempre había manifestado públicamente una absoluta y perfecta indiferencia por el tema de los satíricos dieciochescos. Y, de hecho, la relación entre los dos hombres era un tanto peculiar, porque el principal interés del policía Freeman era la literatura inglesa, y el de Gervase Fen, el trabajo policial. Solían mantener durante horas largas conversaciones en las que exponían fantásticas teorías sobre el trabajo del otro, y poco a poco fueron desarrollando un elegante desprecio mutuo por la competencia profesional del

contrario, y respecto a las historias de detectives —de las cuales Fen era un voraz lector—, con frecuencia llegaban casi a las manos, porque Fen insistía, maliciosamente pero con cierta razón, en que dichas novelas eran la única forma de literatura que continuaba con la verdadera tradición de la novela británica, mientras que sir Richard Freeman descargaba su furia clamando contra los ridículos métodos que se utilizaban en esos libros para resolver los crímenes. Su relación se había ido complicando aún más por el hecho de que Fen había resuelto varios casos en los que la policía se había estancado en callejones sin salida, y por su parte sir Richard había publicado tres libros de crítica literaria sobre Shakespeare, Blake y Chaucer, que habían sido elogiados encomiásticamente en los semanarios culturales, precisamente por abordar la crítica de un modo completamente distinto al estilo anticuado, convencional y académico en el que solía expresarse, por ejemplo, Gervase Fen. En ambos casos, su condición de aficionados era lo que había contribuido al éxito del que gozaban. Si en alguna ocasión se hubieran intercambiado sus puestos de trabajo, tal y como sugirió una vez cierto malicioso y viejo catedrático del *college* de Fen, el profesor habría encontrado el trabajo rutinario de la policía tan insoportable como sir Richard las quisquillosas sutilezas de la crítica textual. Una generosa amnesia respecto a sus aficiones conseguía que ignorasen esos tediosos detalles. Su amistad venía de muy atrás, y disfrutaban enormemente de la compañía mutua.

Sir Richard, absorto en el autor de la *Rosciad*, no se percató de los erráticos movimientos del tren. Se apeó en Oxford con dignidad policial, y consiguió hacerse sin mayor dificultad con un mozo que le llevara el equipaje y con un taxi que lo transportara hasta su domicilio. Mientras subía al vehículo, recordó una famosa sentencia de Johnson a propósito

de Churchill... «Un enorme y frondoso manzano silvestre», murmuró, para gran sorpresa del conductor. «Un enorme y frondoso manzano silvestre.»<sup>2</sup> Y, luego, secamente añadió:

—No se quede ahí como un pasmarote, hombre. A Ramsden House.

Y el taxi salió volando.

Donald Fellowes regresaba de un agradabilísimo fin de semana en Londres. Había asistido a los servicios religiosos de distintas iglesias para disfrutar del órgano desde las galerías superiores. También había participado en esas interminables charlas sobre música, órganos, coros infantiles, coros laicos adultos, y en esos cotilleos y malicias respecto a otros organistas que son las conversaciones habituales siempre que se reúnen los músicos de iglesia. Cuando el tren hizo amago de salir de Didcot, Donald cerró los ojos pensativamente y se preguntó si sería interesante alterar el punteado del *Benedictus* y cuánto sería capaz de alargar el final del *Te Deum* en *pianissimo* antes de que alguien empezara a quejarse. Donald era una persona tímida, pequeña y callada, adicto a las pajaritas y a la ginebra, y completamente inofensivo en sus costumbres (si acaso, un poco demasiado apocado), y era el organista en el *college* de Gervase Fen, al que llamaremos... St. Christopher. Siendo estudiante, había dedicado tantas horas a la música que sus tutores (estaba estudiando Historia) habían llegado a la conclusión de que jamás harían carrera de él, tal y como se confirmó al final, lógicamente; y después de cuatro intentos con la Historia, tanto él como sus profesores lo dejaron por imposible, con un sentimiento de cierto alivio por ambas partes.

2. Los manzanos silvestres son muy floridos y llamativos, aunque no producen manzanas que puedan comerse.

En aquellos momentos Donald se encontraba en un compás de espera: seguía con su trabajo de organista, preparando más o menos los grupos y secciones, redactando su proyecto de licenciatura en Música y esperando a que lo llamaran para acudir al servicio militar.

En aquel vagón del tren, su contemplación mística de los cánticos corales se veía interrumpida por una contemplación mucho menos remota y mística de Yseut, de quien estaba —como dijo Nicholas Barclay tiempo después— «gravemente enamorado». Por lo general, Donald era consciente de todos los defectos de Yseut, pero cuando estaba con ella era incapaz de distinguirlos: estaba completa y absolutamente rendido a sus pies, y encaprichado de ella. Cuando pensaba en Yseut, se sentía profundamente desdichado, y los retrasos y tardanzas del tren no hacían sino añadir enojo a su desdicha. «¡Maldita muchacha! —se decía a sí mismo—. Y maldito tren... Me pregunto si Ward será capaz de cantar ese solo el domingo. Malditos sean todos los compositores por escribir las partes del solo en la mayor sostenido.»

Nicholas Barclay y Jean Whitelegge salieron juntos de Londres, después de un prolongado y silencioso almuerzo en Victor's. Ambos estaban interesados en Donald Fellowes: Nicholas, porque lo consideraba un músico brillante que estaba dejándose destrozar por una cría; y Jean porque estaba enamorada de él (un motivo más que suficiente para odiar a Yseut). Es verdad que Nicholas no tenía ningún derecho a criticar a los demás por haber arruinado sus vidas. En tanto que estudiante de Inglés, se le había profetizado una brillante carrera académica. Se había dedicado a comprarse —y leerse— todas aquellas inmensas ediciones anotadas de los clásicos, en las cuales la mayor parte de las páginas están ocupadas con notas al pie

(con un ligero gesto de consideración para con el autor, a quien dejan unos renglones en la parte superior, junto al número de la página), y cuyo estudio se consideraba esencial para todos aquellos audaces que pretendían obtener una beca de doctorado. Por desgracia, varios días antes de su examen, se le ocurrió cuestionarse los verdaderos objetivos de la investigación académica. Un libro desbancaba a otro libro, una investigación a otra investigación: ¿alguna vez en la vida podría decirse la última palabra respecto a algún tema concreto? Y si no era así, entonces, ¿de qué servía todo aquello? Aquello podría estar bien para algunos, pero él no obtenía ningún placer personal de la investigación académica. Entonces... ¿por qué continuar? Le pareció que aquellos argumentos eran irrefutables, así que decidió abandonar los estudios, y se dio a la bebida, de un modo amable, pero persistente. Después de no presentarse a aquel examen, y hacer oídos sordos a todas las reconvenciones y consejos, había sido expulsado, pero como tenía medios económicos suficientes, aquello no le molestó lo más mínimo, y solía moverse entre los bares de Oxford y los de Londres, cultivando un sentido del humor ligeramente sardónico, haciendo muchos amigos y limitando sus lecturas exclusivamente a Shakespeare: se sabía de memoria los enormes tratados sobre el dramaturgo que tenía. Dadas estas circunstancias, ni siquiera necesitaba un libro para viajar en tren, puesto que le bastaba con sentarse en su asiento y pensar en Shakespeare, para enojo de sus amigos, que lo miraban y lo consideraban el colmo de la pereza. Mientras el tren se encaminaba hacia lo que él había denominado en cierta ocasión la Ciudad de los Alaridos, por su gran oferta de espectáculos musicales, Nicholas dio un discreto sorbo a su petaca de whisky y recorrió mentalmente todas las escenas del *Macbeth*. «Los temores reales son menos espantosos que las horribles

imaginaciones: mi pensamiento, para el que el asesinato solo es una fantasía...»

De Jean hay menos cosas que decir. Alta, morena, con gafas y bastante sencilla, era una mujer que solo tenía dos intereses en la vida: Donald Fellowes y el Oxford University Theatre Club, una institución estudiantil que producía de modo altruista obras experimentales (que es lo que suelen hacer esas asociaciones) y de la cual ella era secretaria. Respecto al primero de sus dos intereses particulares, Jean estaba atrapada sin posibilidad de escapatoria en las garras de la obsesión. «Donald, Donald, Donald... —pensaba, aferrándose con furia al reposabrazos de su asiento—: Donald Fellowes. ¡Ah, maldición! Esto tiene que acabar de una vez. Está enamorado de Yseut, no de ti... ¡La muy zorra! Esa zorra presumida y egoísta... Si no existiera..., si al menos alguien acabara con...»

Nigel Blake estaba de buen humor, y se entretenía pensando en un montón de variados asuntos mientras el tren se arrastraba con desgana por las vías. Pensaba en el placer de volver a ver a Fen de nuevo, en cómo consiguió la matrícula de honor en Inglés tres años antes, en su laboriosa pero interesantísima vida de periodista desde entonces, en sus escasas vacaciones (apenas quince días), en cómo se le había ocurrido pasar al menos una de esas dos semanas en Oxford, en ver la nueva obra de Robert Warner (estaba seguro de que sería buena), y, sobre todo, en Helen Haskell. «No te entusiasmes —se dijo a sí mismo—, que aún no la conoces. Es peligroso enamorarse de gente a la que solo has visto en el escenario. Probablemente es una cría horrible y vanidosa; o a lo mejor ya está comprometida... o casada. Y, en cualquier caso, seguramente estará siempre rodeada de jóvenes muchachos, y es ridículo suponer

que tú vas a conseguir que repare en tu existencia en el espacio de una semana, cuando ni siquiera la conoces de nada...»

«Sin embargo —añadió para sí con una mueca de contrariedad—, has de intentarlo con todas tus fuerzas.»

Cada una de estas personas se dirigía a un lugar distinto de Oxford. Fen y Donald Fellowes regresaban al St. Christopher; Sheila McGaw, a su domicilio en Walton Street; sir Richard Freeman, a su casa en Boar's Hill; Jean Whitelegge, a su *college*; Helen e Yseut, al teatro y posteriormente a sus domicilios en Beaumont Street; Robert, Rachel, Nigel y Nicholas, al pub Mace & Sceptre, en el centro de la ciudad. El jueves, día 11 de octubre, todos ellos se encontraban en Oxford.

En el transcurso de la siguiente semana tres de estas once personas morirán violentamente.